

ave pintada, que veloz esmalte
las leves nubes que ornan el espacio.
Si os parece, Lisardo generoso,
vamos á tu magnífico palacio
á disfrutar de plácido reposo:
que no ha sido perdida la mañana,
pues caza habemos hecho
que debe de dejarte satisfecho,
y de ella nuestra gente estar ufana.

FINEO. Es, amigo Lisardo,
tan rica y abundante,
que excede á lo que pinta Clorinaro.
(Señalando al lado por donde salieron.)
Ahí la tienes delante.

A examinarla ven, pues imagino
que quedará saciado tu deseo,
rindiendo por trofeo
al encanto divino
de tu adorada esposa,
que es de tu pecho y de estos valles diosa,
tanta fiera postrada,
ya por nuestros venablos humillada,
ya por los fieles perros
que atruenan con ladridos estos cerros.
Tanta garza real y aves tan raras,
á que cortara el vuelo
ó la acerada punta de las jaras,
ó el neblí volador allí en el cielo.
Ni un solo tiro ha errado Clorinaro.
Ven á verlo por tí, noble Lisardo.

CLORIN. Dí mejor que la caza de este día
se debe á tu destreza y valentía,
generoso Fineo.

LISARD. (Acercándose con Zora al bastidor y manifestando gozosa admiración.)

¡Ah!... Sí, amigos, ya veo,
con admirados ojos,
rendidos á mis piés tantos despojos.
¡Qué feroces y rudos jabalíes!
¡Qué cervales rodados!
¡Cuántos ligeros corzos y venados!
Muy bien han trabajado los neblíes,
según la inmensa suma
de aves gallardas de brillante pluma,
que llenan de placer la vista mía.

¡Ay, mi Zora adorada!
¿No estás de este espectáculo encantada?
(Con sencillez.)

A mí sólo me encanta tu alegría.

LISARD. (Con ternura.)

Y á mí tu amor. (Impaciente.)

Pero al palacio vamos,
y ni un momento más nos detengamos.
(Vanse Clorinaro, Fineo, los cazadores y villanos, y al ir á salir Lisardo y Zora cambia la decoración.)

ESCENA III

Magnífico salón adornado fantásticamente de mármoles, bronceos y ricos cortinajes. LISARDO y ZORA, que iban á salir, retroceden admirados al medio de la escena.

LISARD. (Sorpresa.)

¡Cielos!... ¡Cielos!... ¿deliro?
¡A mi afán sobrepaja cuanto miro!

Salen por un lado cuatro pajes ricamente vestidos, y en azafates de plata traen magníficas ropas para Lisardo. Al mismo tiempo, por el lado opuesto salen cuatro damas, con iguales azafates, con vestidos y joyas para Zora. A cada lado se alzan del suelo dos caprichosos tocadores con espejos de metal, y delante de uno visten los pajes á Lisardo, y las damas á Zora delante del otro; retirándose unos y otros respetuosamente por el mismo sitio por donde salieron, y desaparecen los tocadores. Zora queda como indiferente á todo en el puesto en que la vistieron. Y Lisardo, después de examinarse á sí mismo, con gran complacencia, vuelve los ojos á Zora y corre á abrazarla transportado de alegría.

LISARD. ¡Qué hermosa estás así!

¡Qué bien adornan tu lozana frente
el oro y el rubí
con la cándida perla del Oriente!
¡Oh, cuán gallarda estás
de seda con la ropa rozagante!
¡Y cuánto luce más
la nieve de tu seno palpitante!

(La abraza.)

Abrázame, mi amor.
Nada iguala las dichas que hoy poseo.
Mi ventura es mayor
que cuanto ambicionaba mi deseo.

ZORA. (Con tierna sencillez.)

Yo como en el verjel
soy en este palacio venturosa,
pues aquí como en él
logro llamarme tu querida esposa.

LISARD. (Después de abrazarla cariñosamente, y reconociendo dudoso el salón.)

¿Dónde, Zora, estarán
los tesoros inmensos y riqueza,
que fundamento dan
á tanta pompa y sin igual grandeza?...

Salen Natalio, viejo, ricamente vestido, con una pèrtiga de plata en la mano, y detrás de él, de dos en dos y en buen órden, armenios, persas, indostaneses, árabes, chinos, etíopes, moscovitas, dálmatas y otras figuras fantásticas, que en cofres de oro, en sacos de púrpura, en caprichosas angarillas y palanquines, en grandes bateas, en primorosos pebeteros, y en las manos y en los hombros, traen las diferentes riquezas que se enumeran en la relación siguiente. Al mismo tiempo salen y se alzan del tablado, en el fondo, elegantes aparadores, donde se vayan colocando con vistoso órden y aparato todos aquellos objetos.

NATAL. (Saludando con gravedad y respeto á Lisardo y Zora.)

Esclarecido Lisardo,

señor á quien reverencian
por su dueño estos contornos,
por su amparo estas aldeas.
Yo, intendente de tu casa
y colector de tus rentas,
te presento el rendimiento,
que ofrecen lejanas tierras
á tus plantas en tributo,
pábulo de tu opulencia.
(Van pasando las comparsas presentando lo que traen y haciendo profunda reverencia.)

El monte Ofir granos de oro,
el mar de Oriente sus perlas,
sus pedrerías Golconda,
sus ricos tejidos Persia,
sus perfumes el Arabia,
China matizada seda,
Libia sus rizadas plumas,
vistosas pieles Siberia,
marfil Orisa, Sidonia
púrpura, cristal Venecia,
y cuanto el arte produce,
modifica y hermosea.

Todo esto, señor, es tuyo;
feliz disfrútalo, y sean
eternidades los años
que goces tantas riquezas,
en los brazos de tu esposa,
y en la quietud de esta tierra.

Después que los comparsas dejan acomodado todo en los aparadores, se forman en ala en el fondo de la escena, y Natalio, haciendo una profunda reverencia á Lisardo, les hace señal con la pèrtiga de plata, y vanse de dos en dos detrás de él. Lisardo recorre atónito los aparadores, como embriagado de tanta riqueza, y se dirige después á Zora, que habrá conservado su sencilla indiferencia.

LISARD. Bella Zora, mi bien, ¡qué alta ventura
es para mí ofrecer hoy á tus plantas
la inmensa suma de riquezas tantas,
como debido obsequio á tu hermosura!

Con tal tesoro y con tan linda esposa,
¿qué más puede anhelar el ansia mía?
Mas allá no es posible en la alegría
que en mi saciado corazón rebosa.

¿No estás contenta?... dí.

ZORA.

Siempre á tu lado,
si me quieres, Lisardo, estoy contenta.

Es mi dicha tu amor, ora opulenta,
ora indigente: como plazca al hado.

LISARD. (Abrazando á Zora.)

Me enajena el placer, Zora querida.
Más dicha apetecer fuera demencia,
que en tus brazos gozar y en la opulencia
el breve curso de la humana vida.

¡Ah! venga á contemplar tanta ventura
el mundo todo, y su deidad te aclame.
Venga; y el hombre más feliz me llame
por dueño de tu amor y tu hermosura.
(Salen Fineo y Clorinaro con cuatro caballeros de los que salieron de cazadores, y todos vestidos de gala.)

FINEO. (Muy rendido.)

Ya que estareis descansados,
¡oh Lisardo, oh linda Zora!
á obsequiaros y á servirnos
nuestra amistad fina torna.

CLORIN.

Y á contemplar, si permites,
estas riquezas, que adornan
tu magnífico palacio,
y tu ventura coronan.
(Se acerca á los aparadores con los cuatro caballeros.)

LISARD. (Obsequioso.)

Seáis entrambos bien venidos
á ver cuánto es venturosa
mi suerte, y cómo los cielos
hoy de sus dones me colman.

FINEO.

(Acercándose muy rendido á Zora.)

¡Oh qué bella resplandece
vuestra noble faz, señora,
sol que ilumina las almas
de cuantos miraros gozan!

ZORA.

(Con sencilla indiferencia.)

Siempre galante, Fineo,
sois en palabras y en obras.

LISARD.

Pero hoy la verdad te dice;
que eres un prodigio, Zora.

CLORIN.

(Repasando con ávidos ojos las riquezas.)

Ved, amigos, qué portento
de tesoros se amontona
en estos aparadores.
¡Dichoso quien tanto logra!

Clorinaro y los caballeros hablando entre sí, lo mismo que Fineo y Zora: aquel con vehemencia, y esta sosegada. Y Lisardo, que se había mostrado muy complacido, queda trastornado oyendo sonar bajo el tablado como siempre la

VOZ DEL GENIO DEL MAL

Es acechada
la belleza.
Es codiciada
la riqueza.

FINEO.

De cuantos ricos tesoros,
de cuantas soberbias joyas
en su espacioso recinto
este alcázar atesora,
es el más resplandeciente,
es la más encantadora.
el de la belleza suma

de vuestras divinas formas,
el de la expresiva gracia
de vuestras acciones todas.
Y venturoso Lisardo...

ZORA. Cesen ya vuestras lisonjas.
Con tener ese tesoro,
con poseer tan rica joya,
á los ojos de Lisardo
me tengo por venturosa.
(*Siguen hablando entre sí.*)

CLORIN. (*Siempre recorriendo los aparadores.*)
¡Oh qué envidiable opulencia!
El alma me tiene absorta.
(*Sigue hablando con los suyos.*)

LISARD. (*Desde que oyó la voz corre desatentado,
ya á escuchar lo que hablan Fineo y
Zora, ya á espiar á Clorinaro y á los
cuatro caballeros, y convulso y despechado
se para á un lado y dice aparte.*)
¡Ah!... ¡Clorinaro!... ¡Fineo!
con su presencia me ahogan,
de uno las dulces palabras,
de otro las miradas torvas;
toda el alma me envenenan,
todo el pecho me destrozan.
Codician, sí, mis venturas...
Las acechan... Me las roban...
El corazón me atormenta
tal temor, y tal zozobra
siento en mí, tales recelos,
tales ideas se agolpan
en mi acalorada frente,
que en una sima espantosa
de tormentos insufribles
y de infernales congostas
me confundo. ¡Cielos!... ¡cielos!
¿Qué dice Fineo á Zora?...
Clorinaro, ¿qué proyectos
dentro de su mente forja?
(*Resuelto.*)
¡Ah! devórelas la llama
que mi airado pecho brota.
No tengo espada, no tengo
espada... ¡No!... Mas ¿qué importa?
tengo brazos, y con ellos
y con mi esfuerzo me sobra
para hacer cien mil pedazos
al que intente...
(*Conteniéndose.*)
¿Dó me arroja
mi furor?... ¡Ah! reprimirme
tal vez me conviene ahora,
que cuando hay que perder mucho
la decision no es tan pronta.
(*Alto y con voz templada.*)
Oh Clorinaro, oh Fineo,

escuchadme, amigos, hola.

CLORIN. (*Acercándose muy solícito.*)
¿En qué podemos servirte?

FINEO. (*Acercándose.*)
Dispon de vuestras personas.

LISARD. (*Turbado.*)
Aun más descanso quisiera,
que está fatigada Zora.

FINEO. Al punto nos retiramos;
nuestra imprudencia perdona.

CLORIN. Tornaremos cuando gustes,
porque nos anima sola
el ansia de complacerte.

FINEO. (*Mirando á Zora.*)
¡Oh qué mujer tan hermosa! (*Vase.*)

CLORIN. (*Mirando á los aparadores.*)
¡Oh qué envidiable riqueza!
(*Vase con los cuatro caballeros.*)

LISARD. La rabia mi pecho ahoga.
(*Queda sumergido en honda y sombría
meditacion, y Zora, despues de observar-
le con afan, corre á él con la mayor
ternura.*)

ZORA. Mi Lisardo, mi esposo,
mi único bien... ¿qué tienes?
¿A abrazarme no vienes?...
¿Se ha entibiado tu amor?
Turbado, cuidadoso,
desque riquezas tantas
contemplas á tus plantas,
te miro con dolor.

LISARD. (*Agitadísimo.*)
Aparta, que tu voz de una manera
vibra en mi corazón,
que no puedo explicar aunque quisiera,
y me llena de furia y confusion.

ZORA. (*Afligida.*)
Lisardo, consternada
¡oh mísera infelice!
lo que tu labio dice
me ha dejado. ¡Ay de mí!
¿En tu mente agitada,
qué feroz pensamiento
reina en este momento,
que te ha mudado así?

LISARD. Reinan, oh Zora, en mi confuso pecho,
tal zozobra y afan,
que tienen ¡ay! mi corazón deshecho,
y mi alma rota envenenando están.
Tu hermosura y tu amor en mi garganta
son áspero cordel,
y en torno veo entre riqueza tanta,
de engaños y sustos un tropel.

ZORA. (*Con gran ternura.*)
Explicame, Lisardo,
la pena que te oprime.

Lo que en tí pasa dime.
¡Ay! me muero sino.
Habla, que ansiosa aguardo,
de tu amargo delirio,
de tu afan y martirio,
ser el consuelo yo.

LISARD. (*Abatido, aparte.*)
¡Ay!... un labio tan puro y delicioso
¿podrá, cielos, mentir?...
Acaso... No, imposible. ¡Qué horroroso
entre duda y recelo es el vivir!
(*Alto*)
¿Qué te decia, tan galan, Fineo?
¿De qué, dime, te habló?
Sólo el averiguarlo es mi deseo;
dímelo al punto, pues lo exijo yo.

ZORA. Yo, Lisardo, gustosa
referírtelo quiero;
rendido y lisonjero
elogió mi beldad.
Me dijo que era diosa
de almas y corazones...
(*Turbada al mirar el semblante de Li-
sardo.*)
Mas, ¿pálido te pones
y crece tu ansiedad?...
LISARD. (*Furioso.*)
¡Cielos! ¿Y tú gozosa lo escuchaste?...
¿Y lo osas repetir?...
¿Qué veneno en mi pecho derramaste?
¿en qué sima infernal me vas á hundir?

ZORA. (*Con ansiedad.*)
¡Lisardo! ¿qué te altera?
¿No eres tú el que querias
de nuestras alegrías
testigo al mundo hacer?
¿Y ahora de esa manera,
porque me elogia el mundo,
en rencor furibundo
miro tu pecho arder?
¿Y feroz y celoso,
de mi fe pura y santa,
con injusticia tanta
te atreves á dudar?
Vuelve en tí, dulce esposo,
injustos son tus celos,
lo juro por los cielos...
Ven, tórneme á abrazar.
Ven, injusto Lisardo,
y á la selva tornemos,
donde tantos extremos
á tu amor merecí.
Pues tiemblo y me acobardo
al mirar tu semblante,
inquieto y delirante
desde que estoy aquí.

LISARD. (*Que durante la relacion anterior habrá
caido en profundo abatimiento, se arroja
en brazos de Zora.*)
¡Ay de mí!... ¡Zora!... tu divino acento
bálsamo es celestial,
que de mi corazón calma el tormento.
Ven á mi seno, esposa angelical.
¡Ah! perdona á mi amor puro y ardiente,
¡oh divina mujer!
que en furia se convierte de repente
si teme que tu encanto va á perder.
Sí, estoy seguro de que nadie puede
tu tierno corazón
robarme, porque es bronce, que no cede
al golpe de la inicua seducción.
Mas otro susto, aunque menor...
LISARD. (*Dudosa.*) ¡Lisardo!
LISARD. Zora, ¿no viste, dí,
la envidia y ansiedad de Clorinaro
al ver estas riquezas que hay aquí?
ZORA. ¿Las codicia tal vez?...
LISARD. Robarlas quiere.
Mas no las robará,
aunque con esos cómplices viniere,
con los que acaso un plan ha urdido ya.
Mas no tengo, entre tanto como tengo,
una espada... Y tal vez...
(*Resuelto.*)
Mas no importa, que en tanto que la ob-
(tengo,
me sobran mi desnudo y mi altivez.
(*Recorre inquieto la escena y Zora le sigue
con la vista.*)

Suena debajo del tablado la
VOZ DEL GENIO DEL MAL

Amparo de la belleza,
defensor de la riqueza,
es el poder.
Él da al hombre
gloria y nombre,
fama eterna, eterno sér.
(*Lisardo, que oye esta voz, viene al medio
de la escena y queda pensativo.*)
ZORA. (*Acercándose á Lisardo.*)
¿Qué nueva inquietud, Lisardo,
noto en tu semblante yo?
¿Qué otro nuevo pensamiento
agita tu corazón?
LISARD. Contemplando estaba, Zora,
que cuando el cielo me dió
de tu beldad el tesoro,
con el inmenso valor
de esas riquezas, dominio
y poder darme debió,

para ser de tí y de aquellas
el amparo y proteccion.
Y porque al cabo, ¿qué sirven,
del mundo en este rincon,
un palacio, esas riquezas,
tanta dicha, tanto amor?
Mi ardorosa fantasía
y mi activo corazon
han menester más espacio
y una esfera superior.
Hombres á quienes el cielo
el temple que tengo yo
les concede, necesitan
dar muestras de su valor,
tener mando y poderío,
y un renombre que, en la voz
de la fama, imponga al mundo
respeto y admiracion.

ZORA. *(Asustada.)*
¡Lisardo!...

LISARD. ¡Sí, Zora mia,
no puedo ocultarlo, no!
Arde en tan activo fuego
mi gigante corazon,
que es estrecho este recinto
para extender su explosion.
Quiero volar á otro espacio,
y de gloria y nombre en pos,
quiero recorrer el mundo;
quiero...

ZORA. *(Afligida.)* ¡Desdichada yo!
¡Abandonar, oh Lisardo,
esta opulenta mansion,
y el delicioso sosiego
que el cielo te concedió,
despreciando estas riquezas,
y mis brazos, y mi amor!
¡Insensato!

LISARD. Zora mia,
porque crece la pasion
con que te adoro, deseo
gloria y poderío yo.
Ya á mis ojos esas joyas
que adornan tu frente, son
vil adorno, aunque tan rico:
quiero dártelo mayor,
del poder y de la gloria
el eterno resplandor,
y el de un nombre esclarecido,
y el de un soberbio blason.
Quiero que atónito el mundo
al verte, diga á una voz,
amante no, reverente,
con más respeto que amor:
«Esa, esposa es de Lisardo,
del que el orbe dominó;

del que igual no reconoce
en cuanto descubre el sol.»

ZORA. Me estremece tu osadía,
me confunde tu ambicion.
La dulce paz de las selvas
tu delirio desdeñó,
y la opulencia tranquila
ya cansa á tu alma feroz.
¡Ay, Lisardo!

LISARD. Amada esposa,
tu encanto, tu tierno amor,
son los que me empujan sólo
á ansiar el verme mayor.

(Agitado.)

¡Cielos... cielos! Concededme
camino por donde yo
consiga poder y gloria...
Presentadme una ocasion
para que conozca el mundo
dónde alcanza mi valor.

(Fuera de sí.)

¡Todas aquellas riquezas,
que ya despreciables son
á mis ojos, trocaría
por mirarme triunfador
en un campo de batalla,
por ver á mi altiva voz
cien legiones obedientes,
por oír en la aclamacion
de un pueblo entero, mi nombre
llegar al trono del sol!

¿Por qué estas delgadas sedas
templado acero no son?...
¿Por qué estas joyas en armas
no cambia la suerte?... ¡Oh!

ZORA. *(Muy afligida.)*
Lisardo, Lisardo mio...

¡Ay, qué fuego arde feroz
en tus ojos!... ¡Cuál tu pecho
agitado!... *(Va á abrazarlo.)*

LISARD. *(Rechazándola fuera de sí.)*
¡Aparta, no!...

Peligros, fatigas, todo...
¡Hasta crímenes!...

ZORA. *(Retrocediendo asustada.)* ¡Qué horror!

LISARD. Logre por cualquier camino
poder y dominio yo.

(Queda en la mayor agitacion.)

*Suenan á lo lejos trompas y timbales. Se
estremece Lisardo, y queda pasmada
Zora. En seguida se oye rumor de pue-
blo. Corre Lisardo desatentado de un
lado á otro, y suenan voces dentro.*

VOCES. *(Dentro.)*

¡Viva nuestro general,

viva el valiente Lisardo!

OTRAS. *(Dentro.)*
Defendiéndonos gallardo
adquiera nombre inmortal.

ZORA. *(Admirada.)*
¡Lisardo!... ¡Cielos!

LISARD. *(Abrazándola enajenado.)*
Zora... ¡esposa mia!...

ZORA. ¿Escuchas?

LISARD. Ya escuché... ¡Dichoso dia!

*Sale Arbolán ricamente vestido, con seis
caballeros armados, y dos pajes que en
bateas de plata traen, uno una coraza
y un casco magníficamente empenacha-
do, y otro un escudo, una espada y un
manto, y salen tambien una tropa de
guerreros y otra de pueblo.*

GUER. ¡Viva nuestro general,
viva el valiente Lisardo,
PUEB. Defendiéndonos gallardo
adquiera nombre inmortal.

ARBOL. Lisardo generoso,
de tu valor y esfuerzo noticioso,
nuestro gran rey me envía
para en su nombre el mando
darte de sus ejércitos; ansiando
que defiendas su extensa monarquía,
que hoy las falanges bárbaras circundan
y de sangre y de lágrimas inundan.
Viste la noble malla,
empuña altivo el fulminante acero,
y en reñida batalla
rinde y destroza al enemigo fiero,
que encadenar á nuestra patria intenta
y que de nuestro rey el nombre afrenta.

(Empiezan los pajes á armar á Lisardo.)

LISARD. *(Orgullosa.)*
El mando acepto. Y en mi estrella fio
que pronto la victoria
coronará de gloria

ZORA. *(Afligida, queriendo abrazar á Lisardo.)*
el alto aliento de mi noble brio.
¡Oh, Lisardo!... ¡Oh, mi bien!

LISARD. *(Con desden.)* Déjame, Zora;
de caricias y amor no es tiempo ahora.
*(Al ceñirle la espada la empuña y dice
aparte:)*

¡Cielos!... Tengo una espada,
y la tengo empuñada
con garra de leon. ¡Ah! tiemble el mundo,
pues siento de mi pecho en lo profundo
todo un volcan arder, y de él alzarse
y hasta el cielo lanzarse
alma tan colosal, que una corona
de soles busca en la elevada zona.
*(Ya acabado de armar, dice alto y con
energía:)*

Valerosos guerreros,
volemos al combate, á la matanza;
un triunfo en cada lanza
miren temblando los contrarios fieros.
La muerte ó la victoria;
ó al sepulcro, ó al templo de la gloria.

*(Le presentan un escudo, se sube en él, y
atravesando por debajo dos lanzas le al-
zan de tierra cuatro soldados, y así sale
de la escena.)*

ZORA. *(Arrojándose á su encuentro desconsolada.)*
¿Dónde, Lisardo, vas?

LISARD. Donde me llama
el astro del dominio y de la fama.
(Vanse. Cae el telon.)